



Franz Kafka

Investigaciones
de un Perro

E LEJANDRIA



Franz Kafka

Investigaciones
de un Perro

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

INVESTIGACIONES DE UN PERRO

FRANZ KAFKA

PUBLICADO: 1931

FUENTE: [HTTPS://DE.WIKISOURCE.ORG](https://de.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: MAX BROD, HANS JOACHIM SCHOEPS

INVESTIGACIONES DE UN PERRO

¡Cómo ha cambiado mi vida y, sin embargo, en el fondo, cómo no ha cambiado! Cuando ahora pienso en el pasado y evoco los tiempos en que aún vivía en medio de la comunidad canina, participando en todo lo que la preocupaba, un perro entre perros, descubro, al mirar más de cerca, que desde siempre algo no encajaba, que existía una pequeña fisura, que una ligera desazón se apoderaba de mí en medio de las más venerables celebraciones populares, sí, a veces incluso en el círculo más íntimo; no, no a veces, sino muy a menudo, la mera visión de un querido congénere, la mera visión, de algún modo renovada, me dejaba perplejo, asustado, indefenso, incluso desesperado. Intentaba, en cierto modo, tranquilizarme; los amigos a los que se lo confesaba me ayudaban, y volvían tiempos más serenos, tiempos en los que, si bien aquellas sorpresas no faltaban, eran acogidas con más ecuanimidad, integradas con más ecuanimidad en la vida; quizá me dejaban triste y cansado, pero, por lo demás, me permitían subsistir como un perro ciertamente algo frío, reservado, temeroso, calculador, pero, en conjunto, un perro como es debido. ¿Cómo habría podido, sin esas pausas de sosiego, alcanzar la edad de la que ahora disfruto? ¿Cómo habría podido abrirme paso hasta la calma con la que contemplo los terrores de mi juventud y soporto los terrores de la vejez? ¿Cómo habría podido llegar a extraer las consecuencias de mi, lo admito, desdichada o, para decirlo con más cautela, no muy dichosa disposición, y vivir casi por completo de acuerdo con ellas? Vivo retirado, solitario, ocupado únicamente en mis pequeñas investigaciones, desesperanzadas pero para mí indispensables; sin embargo, no por ello he perdido de vista,

desde la distancia, a mi pueblo; a menudo me llegan noticias y también yo, de vez en cuando, doy señales de vida. Se me trata con respeto; no se comprende mi modo de vida, pero no se me toma a mal, e incluso los perros jóvenes, a los que de vez en cuando veo pasar corriendo en la lejanía, una nueva generación cuya infancia apenas recuerdo vagamente, no me niegan el saludo reverente.

Hay que tener en cuenta que, a pesar de mis rarezas, que saltan a la vista, no me aparto ni mucho menos por completo de mi especie. Y es que, si lo pienso —y para hacerlo tengo tiempo, ganas y capacidad—, la comunidad canina está maravillosamente constituida. Aparte de nosotros, los perros, hay a nuestro alrededor muchas otras clases de criaturas: seres pobres, insignificantes, mudos, limitados a ciertos chillidos; muchos de nosotros, los perros, los estudian, les han dado nombres, intentan ayudarlos, educarlos, ennoblecerlos y cosas por el estilo. A mí, si no intentan molestarme, me son indiferentes, los confundo, no les presto atención. Pero hay una cosa demasiado llamativa como para que se me haya escapado: a saber, lo poco que, en comparación con nosotros los perros, se mantienen unidos, cuán extraños, mudos y con cierta hostilidad pasan unos junto a otros, cómo solo el interés más mezquino puede unirlos un poco exteriormente, y cómo incluso de ese interés surgen a menudo el odio y la disputa. ¡Nosotros los perros, en cambio! Bien se puede decir que vivimos todos, formalmente, en una sola manada; todos, por muy distintos que seamos por lo demás, debido a las innumerables y profundas diferencias que han surgido con el paso del tiempo. ¡Todos en una sola manada! Nos sentimos impelidos los unos hacia los otros y nada puede impedirnos satisfacer ese impulso; todas nuestras leyes e instituciones, las pocas que aún conozco y las innumerables que he olvidado, se remontan al anhelo de la mayor felicidad de la que somos capaces: la cálida convivencia. Pero ahora viene la contrapartida. Ninguna criatura, que yo sepa, vive tan dispersa como nosotros los perros; ninguna tiene tantas diferencias, imposibles de abarcar, de clases, de

especies, de ocupaciones; nosotros, que queremos permanecer unidos —y una y otra vez, a pesar de todo, lo conseguimos en momentos de exaltación—, precisamente nosotros vivimos muy separados los unos de los otros, en profesiones peculiares, a menudo incomprensibles incluso para el perro de al lado, aferrados a preceptos que no son los de la comunidad canina, sino que más bien van en su contra. ¡Qué asuntos tan difíciles, asuntos que es mejor no tocar! Comprendo también ese punto de vista, lo comprendo mejor que el mío, y sin embargo son asuntos a los que estoy entregado por completo. ¿Por qué no hago como los demás, vivir en armonía con mi pueblo y aceptar en silencio lo que perturba esa armonía, considerándolo un pequeño error en el gran cálculo, y permanecer siempre vuelto hacia lo que felizmente une, y no hacia lo que, ciertamente una y otra vez de forma irresistible, nos arranca del círculo de nuestro pueblo?

Recuerdo un incidente de mi juventud; me encontraba entonces en una de esas dichosas e inexplicables agitaciones que seguramente todo el mundo experimenta de niño; era aún un perro muy joven, todo me gustaba, todo tenía que ver conmigo, creía que a mi alrededor sucedían grandes cosas de las que yo era el cabecilla, a las que debía prestar mi voz, cosas que habrían de quedar miserablemente por los suelos si yo no corría por ellas, si no agitaba mi cuerpo por ellas; en fin, fantasías de niños que se desvanecen con los años. Pero en aquel entonces eran muy fuertes, estaba completamente bajo su hechizo, y entonces ocurrió, ciertamente, algo extraordinario que parecía dar la razón a mis salvajes expectativas. En sí mismo no era nada extraordinario; más tarde he visto cosas semejantes y aún más singulares con bastante frecuencia, pero en aquel momento me golpeó con la fuerte, primera e imborrable impresión que marcaría el rumbo de muchas otras posteriores. Me encontré con una pequeña compañía de perros, o más bien, no me la encontré, sino que ella vino hacia mí. Había estado corriendo largo tiempo a través de la oscuridad, con el

presentimiento de grandes cosas —un presentimiento que, ciertamente, me engañaba con facilidad, pues lo tenía siempre—; había corrido largo tiempo a través de la oscuridad, a diestro y siniestro, ciego y sordo a todo, guiado únicamente por un anhelo indefinido; de repente me detuve con la sensación de estar en el lugar adecuado, alcé la vista y era pleno día, solo un poco brumoso, todo lleno de aromas embriagadores que se arremolinaban confusamente; saludé a la mañana con sonidos confusos, y entonces —como si los hubiera conjurado—, de alguna oscuridad emergieron a la luz siete perros, produciendo un ruido espantoso como nunca antes había oído. Si no hubiera visto claramente que eran perros y que ellos mismos traían consigo aquel ruido, aunque no podía discernir cómo lo producían, habría huido de inmediato; pero me quedé. En aquel entonces casi no sabía nada de la musicalidad creadora concedida únicamente a la estirpe canina; hasta entonces, naturalmente, había pasado desapercibida a mi capacidad de observación, que se desarrollaba lentamente; la música me había rodeado desde mi más tierna infancia como un elemento vital evidente e indispensable para mí, que nada me obligaba a separar del resto de mi vida; solo con insinuaciones, adecuadas al entendimiento infantil, se había intentado llamarme la atención sobre ella, por lo que aquellos siete grandes artistas de la música fueron para mí tanto más sorprendentes, casi abrumadores. No hablaban, no cantaban, guardaban silencio en general, casi con una gran obstinación, pero del espacio vacío hacían brotar la música. Todo era música: el levantar y posar de sus patas, ciertos giros de cabeza, su correr y su reposo, las posiciones que adoptaban unos respecto a otros, las conexiones a modo de danza circular que establecían entre sí, como cuando uno apoyaba las patas delanteras en el lomo de otro y luego se ordenaban de tal manera que el primero sostenía erguido el peso de todos los demás, o como cuando, con sus cuerpos arrastrándose cerca del suelo, formaban figuras entrelazadas sin equivocarse jamás; ni siquiera el último, que todavía estaba un poco inseguro, que no siempre encontraba de inmediato la conexión con los demás, que en cierto modo vacilaba a veces al entonar la melodía, pero que solo era inseguro en

comparación con la magnífica seguridad de los otros, y que incluso con una inseguridad mucho mayor, incluso total, no habría podido estropear nada, allí donde los otros, grandes maestros, mantenían el compás de forma inquebrantable. Pero apenas se les veía, apenas se les veía a todos. Habían aparecido, uno los había saludado interiormente como perros; ciertamente, uno estaba muy desconcertado por el ruido que los acompañaba, pero eran perros, perros como tú y como yo; uno los observaba como de costumbre, como a los perros que se encuentra por el camino, quería acercarse a ellos, intercambiar saludos; además, estaban muy cerca, perros, ciertamente mucho mayores que yo y no de mi especie lanuda y de pelo largo, pero tampoco demasiado extraños en tamaño y forma, más bien bastante familiares; conocía a muchos de esta o similar especie; pero mientras uno todavía estaba absorto en tales reflexiones, la música se fue apoderando gradualmente de todo, lo atrapaba a uno formalmente, lo apartaba de aquellos pequeños perros reales y, contra toda voluntad, resistiéndose con todas las fuerzas, aullando como si le estuvieran causando dolor, no se le permitía ocuparse de otra cosa que no fuera la música, que venía de todas partes, de lo alto, de lo profundo, de todos lados, que tomaba al oyente en su centro, lo inundaba, lo aplastaba, y que, sobre su aniquilación, a tal proximidad que ya era lejanía, apenas audible, aún tocaba fanfarrias. Y de nuevo uno era liberado, porque ya estaba demasiado agotado, demasiado aniquilado, demasiado débil para seguir escuchando; era liberado y veía a los siete pequeños perros realizar sus procesiones, dar sus saltos; uno quería, por muy esquivos que parecieran, llamarlos, pedirles una explicación, preguntarles qué hacían allí —yo era un niño y creía que siempre podía preguntar a cualquiera—, pero apenas empezaba, apenas sentía la buena y familiar conexión canina con los siete, de nuevo estaba allí su música, me hacía perder el conocimiento, me hacía girar en círculo como si yo mismo fuera uno de los músicos, cuando en realidad solo era su víctima; me lanzaba de un lado a otro, por mucho que suplicara piedad, y finalmente me salvó de su propia violencia al empujarme contra un entramado de maderos que se alzaba por toda aquella zona, sin que yo lo hubiera notado hasta

entonces, que ahora me abrazaba firmemente, me agachaba la cabeza y, aunque la música siguiera tronando allí fuera, me daba la posibilidad de tomar un poco de aliento. En verdad, más que el arte de los siete perros —que para mí era incomprensible, pero también completamente inconectable, fuera de mis capacidades—, me maravillaba su valor para exponerse completa y abiertamente a lo que producían, y su fuerza para soportarlo tranquilamente sin que les partiera el espinazo. Ciertamente, desde mi escondrijo, observando con más atención, reconocí que no era tanto tranquilidad como una tensión extrema con la que trabajaban; esas patas que parecían moverse con tanta seguridad temblaban a cada paso con una incesante y temerosa convulsión; uno miraba al otro fijamente, como desesperado, y la lengua, una y otra vez dominada, volvía a colgar flácida de sus fauces. No podía ser el miedo al éxito lo que los excitaba de tal modo; quien se atrevía a tal cosa, quien lograba tal cosa, ya no podía tener miedo. ¿Miedo de qué, entonces? ¿Quién los obligaba a hacer lo que estaban haciendo? Y ya no pude contenerme, especialmente porque ahora me parecían tan incomprensiblemente necesitados de ayuda, y así, a través de todo el estruendo, grité mis preguntas en voz alta y exigente. Pero ellos —iincomprensible! iincomprensible!— no respondieron, actuaron como si yo no estuviera allí. Perros que no responden en absoluto a la llamada de otro perro, una ofensa contra las buenas costumbres que no se perdona bajo ninguna circunstancia ni al más pequeño ni al más grande de los perros. ¿Acaso no eran perros? Pero, ¿cómo no iban a ser perros si, al escuchar con más atención, oía incluso suaves llamadas con las que se animaban unos a otros, se advertían de las dificultades, se prevenían de los errores; si veía al último y más pequeño perro, a quien iban dirigidas la mayoría de las llamadas, mirarme de reojo a menudo, como si tuviera muchas ganas de responderme pero se contuviera porque no estaba permitido? Pero, ¿por qué no estaba permitido? ¿Por qué no podía ser esta vez lo que nuestras leyes exigen incondicionalmente siempre? Aquello se rebeló en mí, casi olvidé la música. Estos perros estaban infringiendo la ley. Por muy grandes magos que fueran, la ley también se aplicaba a ellos; eso lo entendía yo, niño, a la

perfección. Y a partir de ahí me di cuenta de más cosas. Realmente tenían motivos para callar, suponiendo que callaran por sentimiento de culpa. Porque, ¿cómo se comportaban? Con tanta música no lo había notado hasta ahora; ¡habían arrojado de sí toda vergüenza, los miserables hacían lo más ridículo e indecente al mismo tiempo: caminaban erguidos sobre las patas traseras! ¡Puj, qué asco! Se desnudaban y exhibían su desnudez con ostentación; se jactaban de ello, y si por un momento obedecían al buen instinto y bajaban las patas delanteras, se asustaban formalmente, como si fuera un error, como si la naturaleza fuera un error, volvían a levantar rápidamente las patas y su mirada parecía pedir perdón por haber tenido que detenerse un poco en su pecaminosidad. ¿Estaba el mundo al revés? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué había sucedido? Aquí, por mi propia supervivencia, no podía dudar más; me solté de los maderos que me sujetaban, salí de un salto y quise ir hacia los perros; yo, un pequeño alumno, tenía que ser maestro, tenía que hacerles comprender lo que estaban haciendo, tenía que impedir que siguieran pecando. «¡Perros tan viejos, perros tan viejos!», me repetía una y otra vez. Pero apenas estuve libre, y solo dos o tres saltos me separaban de los perros, de nuevo el estruendo se apoderó de mí. Quizá, en mi celo, incluso le habría resistido, a él, que ya conocía, si no fuera porque a través de toda su plenitud, que era terrible pero quizá combatible, sonaba un tono claro, severo, siempre igual, que llegaba inalterado como desde una gran lejanía — quizá la verdadera melodía en medio del estruendo— y me obligó a arrodillarme. ¡Ay, qué música tan seductora hacían aquellos perros! No pude seguir, ya no quería instruirlos; que siguieran abriendo las patas, cometiendo pecados y tentando a otros al pecado de la observación silenciosa; yo era un perro tan pequeño, ¿quién podía exigirme algo tan difícil? Me hice aún más pequeño de lo que era, gimoteé; si los perros me hubieran preguntado mi opinión después, quizá les habría dado la razón. Por cierto, no tardaron mucho en desaparecer con todo su ruido y toda su luz en la oscuridad de la que habían venido.

Como ya he dicho, todo este incidente no tuvo nada de extraordinario; en el transcurso de una larga vida, uno se encuentra con muchas cosas que, sacadas de contexto y vistas con los ojos de un niño, serían aún más asombrosas. Además, se puede, por supuesto —como dice la acertada expresión— «desacreditarlo», como todo; entonces se demuestra que aquí se habían reunido siete músicos para hacer música en el silencio de la mañana, que un perrito se había extraviado, un oyente molesto al que intentaron ahuyentar, lamentablemente en vano, con una música especialmente terrible o sublime. Los molestaba con preguntas; ¿acaso debían ellos, ya suficientemente perturbados por la mera presencia del extraño, prestar atención a esta molestia y aumentarla con respuestas? Y aunque la ley ordene responder a todos, ¿es un perrito callejero tan diminuto alguien digno de mención? Y quizá ni siquiera lo entendieron, pues probablemente ladró sus preguntas de forma bastante ininteligible. O quizá lo entendieron bien y respondieron con autocontrol, pero él, el pequeño, no acostumbrado a la música, no pudo distinguir la respuesta de la música. Y en cuanto a las patas traseras, quizá excepcionalmente caminaban solo sobre ellas; ¡es un pecado, sí! Pero estaban solos, siete amigos entre amigos, en un encuentro íntimo, por así decirlo, entre sus propias cuatro paredes, por así decirlo, completamente solos, pues los amigos no son público, y donde no hay público, un perrito callejero y curioso tampoco lo crea; en este caso, ¿no es como si no hubiera pasado nada? No es exactamente así, pero casi, y los padres deberían dejar que sus pequeños corrieran menos y, en cambio, enseñarles a callar y a respetar la vejez.

Una vez que se llega a este punto, el caso está zanjado. Claro que lo que está zanjado para los mayores no lo está para los pequeños. Yo corrí de un lado a otro, contaba y preguntaba, acusaba e investigaba, y quería llevar a todo el mundo al lugar donde todo había sucedido, y quería mostrar a todos dónde había estado yo y dónde habían estado los siete, y dónde y cómo habían bailado y hecho música; y si alguien hubiera venido conmigo, en lugar de que todos me rechazaran y se rieran de mí, probablemente habría

sacrificado mi inocencia y habría intentado ponerme también sobre las patas traseras para explicarlo todo con exactitud. Bueno, a un niño se le toma todo a mal, pero al final también se le perdona todo. Pero yo he conservado esta naturaleza infantil y con ella me he convertido en un perro viejo. Así como entonces no dejaba de hablar en voz alta de aquel incidente, que hoy, por cierto, valoro mucho menos, de descomponerlo en sus partes, de medirlo con los presentes sin tener en cuenta la compañía en la que me encontraba, siempre ocupado solo con el asunto, que me resultaba tan molesto como a cualquier otro, pero que —esa era la diferencia— precisamente por eso quería resolver por completo mediante la investigación, para poder tener finalmente la vista libre de nuevo para la vida ordinaria, tranquila y feliz del día. Exactamente como entonces, aunque con medios menos infantiles —pero la diferencia no es muy grande—, he trabajado en el tiempo siguiente y no me detengo ni siquiera hoy.

Pero todo comenzó con aquel concierto. No me quejo de ello; es mi naturaleza innata la que actúa aquí y que, ciertamente, si el concierto no hubiera existido, habría buscado otra ocasión para manifestarse. Solo que ocurriera tan pronto a veces me ha apenado en el pasado; me ha robado una gran parte de mi infancia; la feliz vida de los perros jóvenes, que algunos son capaces de prolongar durante años, para mí duró solo unos pocos y breves meses. No importa. Hay cosas más importantes que la infancia. Y quizá en la vejez, ganada a través de una vida dura, me espere más felicidad infantil de la que un niño de verdad tendría fuerzas para soportar, pero que yo entonces tendré.

Comencé mis investigaciones en aquel entonces con las cosas más simples; no faltaba material, por desgracia, es la abundancia lo que me desespera en las horas oscuras. Comencé a investigar de qué se alimenta la comunidad canina. Esta no es, por supuesto, si se quiere, una pregunta sencilla; nos ha ocupado desde tiempos inmemoriales, es el objeto principal de nuestra reflexión;

innumerables son las observaciones, los experimentos y las opiniones en este campo; se ha convertido en una ciencia que, en sus enormes dimensiones, supera no solo la capacidad de comprensión del individuo, sino la de todos los eruditos en conjunto, y que solo puede ser sostenida exclusivamente por toda la comunidad canina en su totalidad, e incluso por esta solo con suspiros y no del todo completamente; una y otra vez se desmorona en bienes antiguos, largamente poseídos, y debe ser complementada con esfuerzo, por no hablar de las dificultades y los requisitos apenas realizables de mi investigación. Que no se me reproche todo esto; todo esto lo sé, como cualquier perro promedio; no se me ocurre inmiscuirme en la verdadera ciencia, le tengo todo el respeto que merece, pero para aumentarla me falta conocimiento y diligencia y tranquilidad y —no menos importante, especialmente desde hace algunos años— también apetito. Engullo la comida, pero no me parece digna de la menor consideración agrícola previa y ordenada. Me basta, en este sentido, el extracto de toda la ciencia, la pequeña regla con la que las madres despiden a sus cachorros de sus pechos a la vida: «Humedece todo lo que puedas». ¿Y no está aquí contenido casi todo? ¿Qué ha añadido de esencial y decisivo la investigación, desde nuestros antepasados? Detalles, detalles, y ¡qué incierto es todo! Pero esta regla perdurará mientras seamos perros. Se refiere a nuestro alimento principal; ciertamente, tenemos otros recursos, pero en caso de necesidad, y si los años no son demasiado malos, podríamos vivir de este alimento principal; este alimento principal lo encontramos en la tierra, pero la tierra necesita nuestra agua, se nutre de ella, y solo a este precio nos da nuestro alimento, cuya aparición, por cierto, no hay que olvidar, se puede acelerar mediante ciertos conjuros, cantos y movimientos. Pero, en mi opinión, eso es todo; desde este punto de vista, no hay nada más que decir en principio sobre este asunto. En esto estoy de acuerdo con la gran mayoría de la comunidad canina y me aparto estrictamente de todas las opiniones heréticas al respecto. En verdad, no me interesan las particularidades ni tener razón; soy feliz cuando puedo estar de acuerdo con mis congéneres, y en este caso así sucede. Mis propias investigaciones, sin embargo, van en otra

dirección. La evidencia me enseña que la tierra, cuando se riega y se trabaja según las reglas de la ciencia, da el alimento, y además en tal calidad, en tal cantidad, de tal manera, en tales lugares y a tales horas como lo exigen las leyes establecidas, total o parcialmente, también por la ciencia. Eso lo acepto, pero mi pregunta es: «¿De dónde saca la tierra este alimento?». Una pregunta que, en general, se finge no entender y a la que, en el mejor de los casos, se me responde: «Si no tienes suficiente para comer, te daremos de lo nuestro». Obsérvese esta respuesta. Sé que no es una de las virtudes de la comunidad canina repartir los alimentos que una vez hemos conseguido. La vida es dura, la tierra es áspera, la ciencia es rica en conocimientos pero bastante pobre en éxitos prácticos; quien tiene comida, la conserva; esto no es egoísmo, sino lo contrario, es ley canina, es una decisión unánime del pueblo, surgida de la superación del egoísmo, pues los que poseen son siempre la minoría. Y por eso esa respuesta: «Si no tienes suficiente para comer, te daremos de lo nuestro» es una frase hecha, una broma, una burla. No lo he olvidado. Pero tuvo para mí una importancia tanto mayor que, frente a mí, cuando andaba por el mundo con mis preguntas, se dejara de lado la burla; cierto es que seguían sin darme de comer —¿de dónde iban a sacarlo de inmediato?— y si por casualidad lo tenían, en el frenesí del hambre, por supuesto, olvidaban cualquier otra consideración; pero la oferta era sincera y, de vez en cuando, recibía realmente algo pequeño, si era lo suficientemente rápido para arrebatármelo. ¿Cómo es que se comportaban conmigo de manera tan especial, me trataban con consideración, me favorecían? ¿Porque era un perro flaco y débil, mal alimentado y demasiado poco preocupado por la comida? Pero hay muchos perros mal alimentados por ahí y se les quita de la boca incluso el alimento más miserable, si se puede, a menudo no por codicia, sino mayormente por principio. No, me favorecían; no tanto podía demostrarlo con detalles como que tenía la clara impresión de ello. ¿Eran entonces mis preguntas, que les alegraban, que consideraban especialmente inteligentes? No, no se alegraban y las consideraban todas estúpidas. Y, sin embargo, solo podían ser las preguntas las que me granjeaban la atención. Era como si prefirieran

hacer lo monstruoso, taparme la boca con comida —no lo hacían, pero querían hacerlo—, que soportar mi pregunta. Pero entonces habrían podido ahuyentarme y prohibirme mis preguntas. No, eso no querían; no querían oír mis preguntas, pero precisamente por estas preguntas mías no querían ahuyentarme. Fue, por mucho que se rieran de mí, me trataran como a un animalito tonto y me empujaran de un lado a otro, en realidad el tiempo de mi mayor prestigio; nunca más se repitió algo semejante; tenía acceso a todas partes, no se me negaba nada; bajo el pretexto de un trato rudo, en realidad se me halagaba. Y todo, pues, solo por mis preguntas, por mi impaciencia, por mi afán de investigar. ¿Querían con ello adormecerme, sin violencia, casi con amor, para apartarme de un camino equivocado, de un camino cuya falsedad, sin embargo, no estaba tan por encima de toda duda como para permitir el uso de la violencia? Además, un cierto respeto y temor impedían el uso de la violencia. Ya entonces intuía algo parecido; hoy lo sé con certeza, con mucha más certeza que aquellos que lo hicieron entonces: es verdad, querían apartarme de mi camino. No lo consiguieron, lograron lo contrario, mi atención se agudizó. Incluso descubrí que era yo quien quería seducir a los demás, y que, de hecho, la seducción me funcionaba hasta cierto punto. Solo con la ayuda de la comunidad canina comencé a entender mis propias preguntas. Cuando preguntaba, por ejemplo: «¿De dónde saca la tierra este alimento?», ¿me preocupaba entonces, como podría parecer, la tierra? ¿Me preocupaban acaso las cuitas de la tierra? En lo más mínimo; eso, como pronto reconocí, me era completamente ajeno; solo me preocupaban los perros, nada más. Pues, ¿qué hay aparte de los perros? ¿A quién más se puede invocar en el vasto y vacío mundo? Todo el saber, la totalidad de todas las preguntas y todas las respuestas, está contenido en los perros. ¡Si tan solo se pudiera hacer efectivo este saber, si tan solo se pudiera sacar a la luz del día, si tan solo no supieran infinitamente más de lo que admiten, de lo que se admiten a sí mismos! Incluso el perro más locuaz es más hermético que los lugares donde se encuentran los mejores manjares. Uno merodea alrededor del congénere, uno espuma de deseo, uno se azota con su propia cola, uno pregunta, uno suplica,

uno aúlla, uno muerde y consigue —y consigue lo que también conseguiría sin ningún esfuerzo—: una escucha atenta, caricias amables, olfateos honorables, abrazos íntimos; mi aullido y el tuyo se funden en uno; todo está dirigido a un deleite, un olvido y un encuentro, pero lo único que se quería conseguir por encima de todo: la confesión del saber, eso queda negado. A esta súplica, ya sea muda o sonora, responden en el mejor de los casos, cuando ya se ha llevado la seducción al extremo, solo rostros impávidos, miradas de soslayo, ojos velados y turbios. No es muy diferente de como fue entonces, cuando, de niño, llamé a los perros músicos y ellos callaron.

Ahora se podría decir: «Te quejas de tus congéneres, de su silencio respecto a las cosas decisivas; afirmas que saben más de lo que admiten, más de lo que quieren dejar valer en la vida, y este silencio, cuyo motivo y secreto naturalmente también silencian, envenena la vida, te la hace insoportable, tendrías que cambiarla o abandonarla; puede ser, pero tú mismo eres un perro, también tienes el saber canino, así que dilo, no solo en forma de pregunta, sino como respuesta. Si lo dices, ¿quién se te opondrá? El gran coro de la comunidad canina se unirá como si lo hubiera estado esperando. Entonces tendrás verdad, claridad, confesión, todo lo que quieras. El techo de esta vida miserable, de la que tan mal hablas, se abrirá y todos nosotros, perro junto a perro, ascenderemos a la alta libertad. Y si esto último no se lograra, si las cosas empeoraran, si toda la verdad fuera más insoportable que la media verdad, si se confirmara que los silenciosos, como preservadores de la vida, tienen razón, si de la débil esperanza que aún tenemos surgiera una desesperanza total, la palabra bien vale el intento, ya que no quieres vivir como se te permite vivir. Entonces, ¿por qué reprochas a los demás su silencio y callas tú mismo?». Respuesta fácil: porque soy un perro. En esencia, tan herméticamente cerrado como los demás, resistiéndome a mis propias preguntas, duro por miedo. ¿Acaso pregunto, en rigor, al

menos desde que soy adulto, a la comunidad canina para que me responda? ¿Tengo esperanzas tan necias? ¿Veo los cimientos de nuestra vida, intuyo su profundidad, veo a los obreros en la construcción, en su sombría obra, y todavía espero que, a raíz de mis preguntas, todo esto sea terminado, destruido, abandonado? No, eso, en verdad, ya no lo espero. Los entiendo, soy sangre de su sangre, de su pobre sangre, siempre joven, siempre anhelante. Pero no solo compartimos la sangre, sino también el saber, y no solo el saber, sino también la llave para acceder a él. No lo poseo sin los demás, no puedo tenerlo sin su ayuda. A los huesos de hierro, que contienen el tuétano más noble, solo se puede llegar mediante una mordedura conjunta de todos los dientes de todos los perros. Esto es, por supuesto, solo una imagen y una exageración; si todos los dientes estuvieran dispuestos, ya no tendrían que morder, el hueso se abriría y el tuétano quedaría libre al alcance del más débil de los cachorros. Si me mantengo dentro de esta imagen, entonces mi intención, mis preguntas, mis investigaciones apuntan, ciertamente, a algo monstruoso. Quiero forzar esta asamblea de todos los perros, quiero que, bajo la presión de su disposición, el hueso se abra; quiero luego dejarlos libres para su vida, que tanto aman, y entonces, solo, completamente solo, sorber el tuétano. Esto suena monstruoso, es casi como si quisiera alimentarme no solo del tuétano de un hueso, sino del tuétano de la propia comunidad canina. Pero es solo una imagen. El tuétano del que aquí se habla no es un alimento, es lo contrario, es veneno.

Con mis preguntas ya solo me acoso a mí mismo, quiero animarme con el silencio, que es lo único que me responde a mi alrededor. ¿Cuánto tiempo soportarás que la comunidad canina, como te vas dando cuenta cada vez más a través de tus investigaciones, calle y calle siempre? ¿Cuánto tiempo lo soportarás? Esta es, por encima de todas las preguntas individuales, mi verdadera pregunta vital; solo está dirigida a mí y no molesta a nadie más. Lamentablemente, puedo responderla más fácilmente

que las preguntas individuales: probablemente lo soportaré hasta mi fin natural; a las preguntas inquietas se opone cada vez más la calma de la vejez. Probablemente moriré en silencio, rodeado de silencio, casi en paz, y lo espero con serenidad. Un corazón admirablemente fuerte, unos pulmones que no se desgastan prematuramente, nos han sido dados a los perros como por maldad; resistimos a todas las preguntas, incluso a las propias, baluarte del silencio que somos.

Últimamente, cada vez más, reflexiono sobre mi vida, busco el error decisivo, el que lo ha causado todo, que quizá haya cometido, y no puedo encontrarlo. Y sin embargo, debo haberlo cometido, pues si no lo hubiera cometido y, a pesar de ello, con el trabajo honrado de una larga vida, no hubiera alcanzado lo que quería, quedaría demostrado que lo que quería era imposible, y de ello se seguiría una desesperanza total. ¡Mira la obra de tu vida! Primero, las investigaciones sobre la pregunta: ¿de dónde saca la tierra el alimento para nosotros? Siendo un perro joven, en el fondo naturalmente ávido y vital, renuncié a todos los placeres, evité todas las diversiones, escondí la cabeza entre las patas ante las tentaciones y me puse a trabajar. No fue un trabajo de erudito, ni en cuanto a la erudición, ni al método, ni a la intención. Esos fueron quizás errores, pero no pudieron ser decisivos. He aprendido poco, pues me alejé pronto de mi madre, me acostumbré pronto a la independencia, llevé una vida libre, y una independencia demasiado temprana es enemiga del aprendizaje sistemático. Pero he visto, oído y hablado mucho con muchos perros de las más diversas especies y profesiones, y creo no haberlo entendido todo mal ni haber conectado mal las observaciones individuales; esto ha reemplazado un poco la erudición; además, la independencia, aunque sea una desventaja para el aprendizaje, es una cierta ventaja para la investigación propia. En mi caso fue tanto más necesaria cuanto que no podía seguir el método propio de la ciencia, a saber, utilizar los trabajos de los predecesores y conectar con los investigadores contemporáneos. Estaba completamente solo, comencé desde el principio de todo y con la conciencia, feliz para la

juventud pero luego extremadamente deprimente para la vejez, de que el punto final casual que yo pusiera tendría que ser también el definitivo. ¿Estaba realmente tan solo con mis investigaciones, ahora y desde siempre? Sí y no. Es imposible que no haya habido siempre, y también hoy, perros individuales aquí y allá en mi situación. Tan mal no pueden estar las cosas conmigo. No estoy ni un ápice fuera de la naturaleza canina. Todo perro, como yo, tiene el impulso de preguntar, y yo, como todo perro, tengo el impulso de callar. Todo el mundo tiene el impulso de preguntar. ¿Acaso habría podido, si no, con mis preguntas, provocar siquiera las más leves conmociones, que a menudo, con deleite, un deleite exagerado, por cierto, se me concedió ver? ¿Y no habría tenido que lograr mucho más, si no fuera así conmigo? Y que tengo el impulso de callar, lamentablemente, no necesita prueba especial. Por lo tanto, en principio no soy diferente de cualquier otro perro; por eso, a pesar de todas las diferencias de opinión y aversiones, en el fondo todos me reconocerán, y yo no haré otra cosa con cada perro. Solo la mezcla de los elementos es diferente, una diferencia personalmente muy grande, pero sin importancia para el pueblo. Y ahora, ¿es que la mezcla de estos elementos siempre presentes en el pasado y en el presente nunca ha resultado similar a la mía y, si se quiere llamar desafortunada a mi mezcla, no ha habido otras mucho más desafortunadas? Eso iría en contra de toda otra experiencia. Los perros estamos ocupados en las profesiones más maravillosas. Profesiones en las que uno no creería si no tuviera las noticias más fidedignas al respecto. Aquí me gusta pensar sobre todo en el ejemplo de los perros aéreos. Cuando oí hablar por primera vez de uno, me reí, no me lo dejé meter en la cabeza de ninguna manera. ¿Cómo? ¿Debía existir un perro de la especie más pequeña, no mucho más grande que mi cabeza, ni siquiera en la vejez, y este perro, naturalmente débil, en apariencia una creación artificial, inmadura, excesivamente peinada, incapaz de dar un salto honesto, este perro, según se contaba, se desplazaba la mayor parte del tiempo por el aire, sin hacer, sin embargo, ningún trabajo visible, sino descansando? No, quererme hacer creer tales cosas significaba aprovecharse demasiado de la ingenuidad de un perro joven, pensaba yo. Pero poco después oí de otra fuente hablar

de otro perro aéreo. ¿Se habían puesto de acuerdo para tomarme el pelo? Pero entonces vi a los perros músicos, y desde ese momento consideré todo posible, ningún prejuicio limitaba mi capacidad de comprensión, seguí los rumores más absurdos, los perseguí hasta donde pude; lo más absurdo me parecía, en esta vida absurda, más probable que lo sensato y especialmente fructífero para mi investigación. Así también los perros aéreos. Aprendí muchas cosas sobre ellos; cierto es que hasta hoy no he logrado ver a ninguno, pero hace mucho que estoy firmemente convencido de su existencia y en mi visión del mundo tienen su lugar importante. Como casi siempre, también aquí, por supuesto, no es el arte lo que principalmente me hace reflexionar. Es maravilloso, ¿quién puede negarlo?, que estos perros sean capaces de flotar en el aire; en el asombro por ello estoy de acuerdo con la comunidad canina. Pero mucho más maravilloso es, para mi sentir, el sinsentido, el silencioso sinsentido de estas existencias. En general, no se justifica en absoluto; flotan en el aire, y ahí queda la cosa, la vida sigue su curso, de vez en cuando se habla de arte y artistas, eso es todo. Pero, ¿por qué, bondadosa comunidad canina, por qué flotan los perros? ¿Qué sentido tiene su profesión? ¿Por qué no se puede obtener de ellos ni una palabra de explicación? ¿Por qué flotan allá arriba, dejando que se atrofien sus patas, el orgullo del perro, separados de la tierra nutricia, no siembran y sin embargo cosechan, e incluso, según se dice, son especialmente bien alimentados a costa de la comunidad canina? Puedo halagarme de haber puesto un poco de movimiento en estas cosas con mis preguntas. Se empieza a justificar, a hilvanar una especie de justificación; se empieza y, ciertamente, no se irá más allá de este comienzo. Pero algo es algo. Y se muestra en ello no la verdad —nunca se llegará tan lejos—, pero sí algo de la profunda confusión de la mentira. Todas las apariciones absurdas de nuestra vida, y las más absurdas en particular, pueden ser justificadas. No completamente, por supuesto —esa es la broma diabólica—, pero para protegerse de preguntas embarazosas, es suficiente. Tomando de nuevo como ejemplo a los perros aéreos: no son arrogantes, como se podría pensar al principio; al contrario, necesitan especialmente a sus congéneres; si

uno intenta ponerse en su lugar, lo comprende. Deben, si ya no pueden hacerlo abiertamente —eso sería una violación del deber de silencio—, buscar de alguna otra manera el perdón por su modo de vida o, al menos, desviar la atención de él, hacerlo olvidar; lo hacen, según me han contado, con una charlatanería casi insoportable. Tienen constantemente algo que contar, en parte de sus reflexiones filosóficas, a las que, habiendo renunciado por completo al esfuerzo físico, pueden dedicarse continuamente, en parte de las observaciones que hacen desde su elevada posición. Y a pesar de que, como es de esperar en una vida tan disoluta, no se distinguen mucho por su fuerza intelectual, y su filosofía es tan inútil como sus observaciones, y la ciencia apenas puede aprovechar nada de ello y, en general, no depende de fuentes de ayuda tan lamentables, a pesar de todo, si se pregunta qué quieren en realidad los perros aéreos, siempre se obtendrá la respuesta de que contribuyen mucho a la ciencia. «Eso es correcto», se dice entonces, «pero sus contribuciones son inútiles y molestas». La siguiente respuesta es un encogimiento de hombros, una distracción, enfado o risa, y al poco tiempo, si se vuelve a preguntar, se vuelve a saber que contribuyen a la ciencia, y finalmente, si la próxima vez te preguntan a ti —y no te controlas mucho—, respondes lo mismo. Y quizá sea bueno no ser demasiado obstinado y conformarse; no reconocer el derecho a la vida de los perros aéreos ya existentes, lo cual es imposible, pero sí tolerarlos. Pero no se debe exigir más, eso iría demasiado lejos, y sin embargo se exige. Se exige la tolerancia de nuevos perros aéreos que van surgiendo. No se sabe exactamente de dónde vienen. ¿Se multiplican por reproducción? ¿Acaso tienen todavía la fuerza para ello? No son mucho más que un hermoso pelaje, ¿qué va a reproducirse aquí? Incluso si lo improbable fuera posible, ¿cuándo debería suceder? Siempre se les ve solos, autosuficientes allá arriba en el aire, y si alguna vez se dignan a correr, es solo por un corto tiempo, unos pocos pasos afectados y siempre estrictamente solos y en supuestos pensamientos de los que, aunque se esfuerzen, no pueden desprenderse; al menos eso afirman. Pero si no se reproducen, ¿sería concebible que se encontraran perros que voluntariamente abandonaran la vida a ras de suelo, que

voluntariamente se convirtieran en perros aéreos y eligieran, a cambio de la comodidad y una cierta habilidad artística, esa vida desolada allá arriba en los cojines? Eso no es concebible; ni la reproducción ni la adhesión voluntaria son concebibles. La realidad, sin embargo, muestra que siempre hay nuevos perros aéreos; de ello se puede concluir que, por insuperables que parezcan los obstáculos para nuestro entendimiento, una especie de perro una vez existente, por muy extraña que sea, no se extingue, al menos no fácilmente, al menos no sin que en cada especie haya algo que se resista con éxito durante mucho tiempo.

Si esto es válido para una especie tan marginal, sin sentido, exteriormente de lo más extraña e inviable como la de los perros aéreos, ¿no debo asumirlo también para mi especie? Además, exteriormente no soy en absoluto extraño, un perro común de clase media, al menos aquí en la zona muy frecuente, sin destacar por nada en particular, sin ser especialmente despreciable; en mi juventud y todavía en parte en mi edad adulta, mientras no me descuidaba y hacía mucho ejercicio, era incluso un perro bastante guapo. Especialmente se elogiaba mi aspecto frontal, las patas esbeltas, la hermosa postura de la cabeza, pero también mi pelaje gris-blanco-amarillo, que solo se rizaba en las puntas, era muy agradable; todo esto no es extraño, solo mi naturaleza es extraña, pero también esta, como nunca debo olvidar, está bien fundada en la naturaleza canina en general. Si incluso el perro aéreo no se queda solo, si aquí y allá en el gran mundo canino siempre se encuentra uno y si incluso de la nada sacan siempre nueva descendencia, entonces también yo puedo vivir con la confianza de que no estoy perdido. Ciertamente, un destino especial deben tener mis congéneres, y la existencia nunca me ayudará visiblemente, ya solo porque apenas los reconoceré. Somos los que el silencio oprime, los que formalmente queremos romperlo por falta de aire; a los demás parece que les va bien en el silencio, aunque solo lo parezca, como con los perros músicos, que aparentemente hacían

música con calma, pero en realidad estaban muy agitados; pero esta apariencia es fuerte, uno intenta enfrentarse a ella, se burla de todo ataque. ¿Cómo se las arreglan entonces mis congéneres? ¿Cómo son sus intentos de vivir a pesar de todo? Eso puede ser diverso. Yo lo intenté con mis preguntas mientras fui joven. Así que quizá podría unirme a los que preguntan mucho, y ahí tendría a mis congéneres. También lo intenté durante un tiempo, superándome a mí mismo, pues a mí me interesan sobre todo los que deben responder; los que me interrumpen constantemente con preguntas que en su mayoría no puedo responder me resultan desagradables. Y además, ¿a quién no le gusta preguntar mientras es joven? ¿Cómo voy a encontrar las preguntas correctas entre tantas? Una pregunta suena como la otra; lo que importa es la intención, pero esta está oculta, a menudo incluso para el que pregunta. Y en general, preguntar es una peculiaridad de la comunidad canina, todos preguntan a la vez, como si con ello se quisiera borrar el rastro de las preguntas correctas. No, entre los que preguntan, los jóvenes, no encuentro a mis congéneres, y entre los que callan, los viejos, a los que ahora pertenezco, tampoco. Pero, ¿qué quieren las preguntas? He fracasado con ellas; probablemente mis compañeros son mucho más listos que yo y emplean otros medios excelentes para soportar esta vida; medios que, ciertamente, como añadido por mi cuenta, quizá les ayuden en caso de necesidad, les calmen, les adormezcan, les transformen la especie, pero que en general son tan impotentes como los míos, pues, por mucho que mire, no veo ningún éxito. Me temo que reconoceré a mis congéneres por cualquier otra cosa antes que por el éxito. Pero, ¿dónde están mis congéneres? Sí, esa es la queja, esa es precisamente. ¿Dónde están? En todas partes y en ninguna. Quizá sea mi vecino, a tres saltos de mí; nos llamamos a menudo, él también viene a mi casa, yo a la suya no. ¿Es mi congénere? No lo sé, no reconozco nada parecido en él, pero es posible. Es posible, pero no hay nada más improbable. Cuando está lejos, puedo, jugando con la ayuda de toda mi fantasía, encontrar en él algo sospechosamente familiar; pero cuando está delante de mí, todas mis invenciones son para reírse. Un perro viejo, un poco más pequeño que yo, que apenas tengo un tamaño mediano, marrón, de

pelo corto, con la cabeza cansadamente caída, con pasos arrastrados; además, arrastra un poco la pata trasera izquierda a causa de una enfermedad. Con nadie me relaciono tan de cerca desde hace mucho tiempo como con él; estoy contento de poder soportarlo todavía pasablemente, y cuando se va, le grito las cosas más amables, ciertamente no por amor, sino enfadado conmigo mismo, porque si lo sigo, lo encuentro de nuevo completamente abominable, cómo se escabulle con su pata arrastrada y su trasero demasiado bajo. A veces es como si quisiera burlarme de mí mismo cuando en mis pensamientos lo llamo mi compañero. Tampoco en nuestras conversaciones revela nada de ninguna camaradería; es cierto que es inteligente y, para nuestras condiciones aquí, bastante culto, y podría aprender mucho de él, pero, ¿busco yo inteligencia y cultura? Solemos hablar de asuntos locales y me asombro, hecho más perspicaz en este aspecto por mi soledad, de cuánto ingenio se necesita incluso para un perro corriente, incluso en condiciones promedio no demasiado desfavorables, para ganarse la vida y protegerse de los mayores peligros habituales. La ciencia da las reglas, pero entenderlas, aunque sea de lejos y en sus rasgos más generales, no es nada fácil, y cuando se han entendido, llega lo verdaderamente difícil: aplicarlas a las condiciones locales; aquí casi nadie puede ayudar, casi cada hora presenta nuevas tareas y cada nuevo trozo de tierra, las suyas particulares; nadie puede afirmar de sí mismo que esté instalado permanentemente en algún lugar y que su vida transcurra, en cierto modo, por sí sola; ni siquiera yo, cuyas necesidades disminuyen formalmente de día en día. ¿Y todo este esfuerzo infinito, con qué fin? Solo para enterrarse cada vez más en el silencio y para que nunca y nadie pueda sacarlo de allí.

A menudo se alaba el progreso general de la comunidad canina a través de los tiempos y con ello se quiere decir principalmente el progreso de la ciencia. Ciertamente, la ciencia progresa, es imparable, incluso progresa con aceleración, cada vez más rápido, pero ¿qué hay que alabar en ello? Es como si se quisiera alabar a alguien porque con los años se hace más viejo y, en consecuencia, la muerte se acerca cada vez más rápido. Es un proceso natural y,

además, feo, en el que no encuentro nada que alabar. Solo veo decadencia, aunque no quiero decir que las generaciones anteriores fueran en esencia mejores; solo eran más jóvenes, esa era su gran ventaja, su memoria aún no estaba tan sobrecargada como la de hoy, era más fácil hacerlas hablar, y aunque nadie lo haya conseguido, la posibilidad era mayor; esa posibilidad mayor es lo que nos emociona tanto al escuchar esas viejas historias, en realidad bastante simples. De vez en cuando oímos una palabra insinuante y casi quisiéramos saltar, si no sintiéramos el peso de los siglos sobre nosotros. No, por mucho que tenga que objetar a mi tiempo, las generaciones anteriores no eran mejores que las nuevas, sí, en cierto sentido eran mucho peores y más débiles. Los milagros, ciertamente, tampoco entonces andaban sueltos por las calles para ser capturados a voluntad, pero los perros, no puedo expresarlo de otra manera, aún no eran tan caninos como hoy, la estructura de la comunidad canina aún era laxa, la palabra verdadera podría haber intervenido entonces, determinado la construcción, cambiarla, modificarla a voluntad, convertirla en su contrario, y esa palabra estaba ahí, al menos estaba cerca, flotaba en la punta de la lengua, cualquiera podía conocerla; ¿a dónde ha ido hoy? Hoy se podría hurgar en las entrañas y no se la encontraría. Nuestra generación quizá esté perdida, pero es más inocente que la de entonces. Puedo entender la vacilación de mi generación; ya ni siquiera es una vacilación, es el olvido de un sueño soñado hace mil noches y olvidado mil veces, ¿quién nos va a reprochar precisamente el olvido número mil? Pero también creo entender la vacilación de nuestros antepasados; probablemente no habríamos actuado de otra manera, casi me gustaría decir: idichosos nosotros, que no fuimos los que tuvimos que cargar con la culpa, que más bien, en un mundo ya oscurecido por otros, podemos apresurarnos hacia la muerte en un silencio casi inocente! Cuando nuestros antepasados se desviaron, seguramente no pensaron en un extravío sin fin; veían formalmente todavía el cruce de caminos, era fácil volver en cualquier momento, y si dudaban en volver, era solo porque querían disfrutar un poco más de la vida canina; aún no era una vida canina peculiar y ya les parecía embriagadoramente hermosa, icómo debía ser más tarde, al

menos un poquito más tarde!, y así siguieron extraviándose. No sabían lo que nosotros podemos intuir al observar el curso de la historia, que el alma cambia antes que la vida y que, cuando la vida canina comenzó a gustarles, ya debían de tener un alma bastante perruna y ya no estaban tan cerca del punto de partida como les parecía o como sus ojos, deleitándose en todos los placeres caninos, querían hacerles creer. —¿Quién puede hablar hoy de juventud? Ellos fueron los verdaderos perros jóvenes, pero su única ambición, lamentablemente, estaba dirigida a convertirse en perros viejos, algo que, ciertamente, no podía fallarles, como demuestran todas las generaciones siguientes, y la nuestra, la última, mejor que ninguna.

Sobre todas estas cosas, por supuesto, no hablo con mi vecino, pero a menudo tengo que pensar en ellas cuando me siento frente a él, ese típico perro viejo, o cuando hundo el hocico en su pelaje, que ya tiene un atisbo de ese olor que tienen las pieles desolladas. Hablar de esas cosas con él sería inútil, y también con cualquier otro. Sé cómo transcurriría la conversación. Él tendría algunas pequeñas objeciones aquí y allá, finalmente estaría de acuerdo —el acuerdo es la mejor arma— y el asunto estaría enterrado, pero, ¿por qué molestarse en sacarlo de su tumba? Y a pesar de todo, quizá haya un acuerdo más profundo que las meras palabras con mi vecino. No puedo dejar de afirmarlo, aunque no tenga pruebas de ello y quizá solo sea víctima de un simple engaño, porque él es, desde hace mucho tiempo, el único con quien me relaciono y, por lo tanto, debo aferrarme a él. «¿Eres tú, quizá, mi compañero a tu manera? ¿Y te avergüenzas porque todo te ha salido mal? Mira, a mí me ha pasado lo mismo. Cuando estoy solo, aúllo por ello; ven, a dos es más dulce», pienso a veces y lo miro fijamente. Él no baja la mirada entonces, pero tampoco se puede deducir nada de él; me mira impávido y se pregunta por qué callo y he interrumpido nuestra conversación. Pero quizá esa mirada sea precisamente su manera de preguntar y yo lo decepciono, así como él me decepciona a mí. En mi juventud, si otras preguntas no hubieran sido más importantes

para mí entonces y si no me hubiera bastado y sobrado conmigo mismo, quizá le habría preguntado en voz alta, habría obtenido un vago asentimiento y, por lo tanto, menos que hoy, que él calla. Pero, ¿no callan todos de la misma manera? ¿Qué me impide creer que todos son mis compañeros, que no solo he tenido aquí y allá a un co-investigador que se ha hundido y olvidado con sus diminutos resultados y al que ya no puedo llegar de ninguna manera a través de la oscuridad de los tiempos o el tumulto del presente, sino que más bien he tenido desde siempre compañeros en todo, que se esfuerzan todos a su manera, todos sin éxito a su manera, todos en silencio o parloteando astutamente a su manera, como lo exige la investigación desesperada? Entonces no habría tenido que apartarme, habría podido quedarme tranquilamente entre los demás, no habría tenido que abrirme paso como un niño maleducado a través de las filas de los adultos, que quieren salir tanto como yo y en los que solo me confunde su razón, que les dice que nadie sale y que todo esfuerzo es necio.

Tales pensamientos son, ciertamente, el claro efecto de mi vecino; me confunde, me vuelve melancólico; y él mismo es bastante alegre, al menos lo oigo, cuando está en su territorio, gritar y cantar, lo que me resulta molesto. Sería bueno renunciar también a esta última relación, no perseguir ensoñaciones vagas, como las que toda relación canina, por muy curtido que uno crea estar, genera inevitablemente, y dedicar el poco tiempo que me queda exclusivamente a mis investigaciones. La próxima vez que venga, me esconderé y me haré el dormido, y lo repetiré hasta que deje de venir.

Además, ha entrado el desorden en mis investigaciones; flaqueo, me canso, solo troto mecánicamente donde antes corría entusiasmado. Pienso en el tiempo en que comencé a investigar la pregunta: «¿De dónde saca la tierra nuestro alimento?». Ciertamente, entonces vivía en medio del pueblo, me abría paso allí donde era más denso, quería hacer a todos testigos de mis trabajos; este testimonio era para mí incluso más importante que mi trabajo; como todavía esperaba algún efecto general, recibía, por supuesto,

un gran estímulo, que ahora, para mí, solitario, ha terminado. Pero entonces era tan fuerte que hice algo inaudito, que contradice todos nuestros principios y que seguramente todo testigo ocular de entonces recuerda como algo siniestro. Encontré en la ciencia, que por lo demás tiende a una especialización ilimitada, en un aspecto una simplificación notable. Enseña que, en lo principal, la tierra produce nuestro alimento, y luego, después de haber hecho esta suposición, indica los métodos con los cuales se pueden obtener los diferentes alimentos de la mejor manera y en la mayor abundancia. Ahora bien, es cierto que la tierra produce el alimento, de eso no puede haber duda, pero no es tan simple como se suele presentar, excluyendo toda investigación adicional. Tómense solo los incidentes más primitivos, que se repiten a diario. Si estuviéramos completamente inactivos, como lo estoy yo ahora casi por completo, si después de un somero trabajo del suelo nos acurrucáramos y esperáramos lo que viniera, encontraríamos, ciertamente, suponiendo que surgiera algo, el alimento en la tierra. Pero este no es el caso habitual. Quien haya conservado un poco de imparcialidad frente a la ciencia —y de esos hay ciertamente pocos, pues los círculos que traza la ciencia son cada vez más grandes—, incluso si no se dedica a observaciones especiales, reconocerá fácilmente que la mayor parte del alimento, que luego yace en la tierra, viene de arriba; nosotros, según nuestra habilidad y codicia, atrapamos la mayor parte incluso antes de que toque la tierra. Con esto no digo nada en contra de la ciencia; la tierra, por supuesto, también produce este alimento. Si saca uno de sí misma o llama al otro desde las alturas, quizá no sea una diferencia esencial, y la ciencia, que ha establecido que en ambos casos es necesario el trabajo del suelo, quizá no deba ocuparse de esas distinciones; pues se dice: «Si tienes el bocado en la boca, has resuelto por esta vez todas las preguntas». Solo me parece que la ciencia, de forma velada, se ocupa al menos parcialmente de estas cosas, ya que conoce dos métodos principales para obtener alimento: a saber, el trabajo del suelo propiamente dicho y luego el trabajo complementario y de refinamiento en forma de conjuro, danza y canto. Encuentro en esto una división bipartita, si bien no completa, sí suficientemente clara,

que corresponde a mi distinción. El trabajo del suelo sirve, en mi opinión, para obtener ambos tipos de alimento y sigue siendo siempre indispensable; pero el conjuro, la danza y el canto se refieren menos al alimento del suelo en sentido estricto, sino que sirven principalmente para atraer el alimento de arriba. En esta concepción me reafirma la tradición. Aquí parece que el pueblo corrige a la ciencia sin saberlo y sin que la ciencia se atreva a defenderse. Si, como quiere la ciencia, esas ceremonias solo sirvieran al suelo, por ejemplo, para darle la fuerza de obtener el alimento de arriba, deberían, en consecuencia, realizarse completamente en el suelo; todo debería ser susurrado al suelo, saltado ante él, danzado ante él. La ciencia, que yo sepa, no exige otra cosa. Y ahora lo curioso: el pueblo dirige todas sus ceremonias hacia arriba. Esto no es una violación de la ciencia; no lo prohíbe, deja al agricultor libertad en ello; en sus enseñanzas solo piensa en el suelo, y si el agricultor ejecuta sus enseñanzas referidas al suelo, está satisfecha; pero su línea de pensamiento, en mi opinión, debería exigir más. Y yo, que nunca he sido iniciado más profundamente en la ciencia, no puedo imaginarme cómo los eruditos pueden tolerar que nuestro pueblo, apasionado como es, clame los conjuros hacia arriba, lamente nuestras viejas canciones populares a los vientos y ejecute danzas saltadas como si, olvidando el suelo, quisiera elevarse para siempre. Partí de la acentuación de estas contradicciones; cuando, según las enseñanzas de la ciencia, se acercaba la época de la cosecha, me limitaba por completo al suelo; lo escarbaba en la danza, retorció la cabeza para estar lo más cerca posible del suelo. Más tarde me hice un hoyo para el hocico y cantaba y declamaba de tal manera que solo el suelo lo oía y nadie más a mi lado o por encima de mí.

Los resultados de la investigación fueron escasos. A veces no recibía la comida y ya quería celebrar mi descubrimiento, pero entonces la comida volvía a llegar, como si al principio se hubieran desconcertado por mi extraña actuación, pero ahora reconocieran la

ventaja que traía y renunciaran con gusto a mis gritos y saltos. A menudo la comida llegaba incluso más abundantemente que antes, pero luego volvía a faltar por completo. Con una diligencia hasta entonces desconocida en perros jóvenes, hacía anotaciones precisas de todos mis experimentos, creía encontrar aquí y allá un rastro que podría llevarme más lejos, pero luego se perdía de nuevo en lo indefinido. Sin duda, mi insuficiente preparación científica también me estorbaba. ¿Qué garantía tenía de que, por ejemplo, la falta de comida no fuera causada por mi experimento, sino por un trabajo del suelo no científico? Y si así era, todas mis conclusiones carecían de fundamento. Bajo ciertas condiciones, habría podido lograr un experimento casi completamente preciso, si hubiera logrado, sin ningún trabajo del suelo, primero, solo mediante ceremonias dirigidas hacia arriba, la llegada de la comida y, luego, mediante ceremonias exclusivamente en el suelo, la ausencia de la misma. También intenté algo parecido, pero sin una fe firme y no con condiciones experimentales perfectas, pues según mi opinión inquebrantable, al menos un cierto trabajo del suelo es siempre necesario, e incluso si los herejes que no lo creen tuvieran razón, no se podría demostrar, ya que el riego del suelo se hace bajo un impulso y no se puede evitar dentro de ciertos límites. Otro experimento, ciertamente algo marginal, me salió mejor y causó cierta sensación. A raíz de la habitual captura de alimento en el aire, decidí dejar caer el alimento, pero tampoco capturarlo. Para ello, cada vez que llegaba el alimento, daba un pequeño salto en el aire, pero siempre calculado de tal manera que no fuera suficiente; la mayoría de las veces caía al suelo con indiferencia y yo me lanzaba furioso sobre él, con la furia no solo del hambre, sino también de la decepción. Pero en casos aislados sucedía algo diferente, algo realmente maravilloso: el alimento no caía, sino que me seguía en el aire; el alimento perseguía al hambriento. No duraba mucho, solo un corto trecho, luego caía de todos modos o desaparecía por completo o —el caso más frecuente— mi codicia terminaba prematuramente el experimento y me comía la cosa. A pesar de todo, en aquel entonces fui feliz; un murmullo recorrió mi entorno, la gente se había inquietado y puesto atenta, encontré a mis conocidos más accesibles

a mis preguntas, en sus ojos vi un brillo que buscaba ayuda, aunque solo fuera el reflejo de mi propia mirada; no quería otra cosa, estaba satisfecho. Hasta que, ciertamente, supe —y los demás lo supieron conmigo— que este experimento está descrito desde hace mucho tiempo en la ciencia, que ya se ha logrado de forma mucho más grandiosa que a mí, que ciertamente no se ha podido realizar desde hace mucho por la dificultad del autocontrol que exige, pero que tampoco necesita ser repetido por su supuesta insignificancia científica. Solo demuestra lo que ya se sabía: que el suelo no solo atrae el alimento directamente hacia abajo desde arriba, sino también en diagonal, incluso en espirales. Ahí me quedé, pero no me desanimé, para eso era demasiado joven; al contrario, me animó a realizar quizá el mayor logro de mi vida. No creí en la devaluación científica de mi experimento, pero aquí no ayuda la fe, sino la prueba, y quería emprenderla y con ello poner este experimento, originalmente algo marginal, a plena luz, en el centro de la investigación. Quería demostrar que, cuando yo retrocedía ante el alimento, no era el suelo el que lo atraía en diagonal hacia sí, sino que era yo quien lo atraía detrás de mí. Este experimento, ciertamente, no pude desarrollarlo más; ver la comida delante de uno y al mismo tiempo experimentar científicamente, eso no se podía soportar por mucho tiempo. Pero quería hacer otra cosa, quería ayunar por completo mientras lo soportara, evitando, eso sí, toda visión de comida, toda tentación. Si me retiraba así, permanecía acostado día y noche con los ojos cerrados, sin preocuparme ni de recoger ni de atrapar el alimento, y, como no me atrevía a afirmar, pero esperaba en silencio, sin ninguna otra medida, solo con el inevitable e irracional riego del suelo y la recitación silenciosa de los conjuros y canciones (quería omitir la danza para no debilitarme), el alimento bajaría por sí mismo de arriba y, sin preocuparse por el suelo, golpearía en mis dientes para ser admitido; si esto sucedía, la ciencia no quedaba refutada, pues tiene suficiente elasticidad para excepciones y casos individuales, pero, ¿qué diría el pueblo, que afortunadamente no tiene tanta elasticidad? Porque este no sería tampoco un caso excepcional del tipo que la historia nos ha transmitido, que alguien, por enfermedad

física o por melancolía, se niegue a preparar, buscar y tomar el alimento, y entonces la comunidad canina se una en fórmulas de conjuro y con ello logre que el alimento se desvíe de su camino habitual directamente a la boca del enfermo. Yo, en cambio, estaba en plenas facultades y salud, mi apetito era tan espléndido que durante días me impedía pensar en otra cosa que no fuera él; me sometí, lo creyeran o no, al ayuno voluntariamente, era capaz de procurar la llegada del alimento por mí mismo y quería hacerlo, pero no necesitaba la ayuda de la comunidad canina e incluso la prohibí de la manera más decidida.

Busqué un lugar adecuado en un matorral apartado, donde no oiría conversaciones sobre comida, ni chasquidos ni crujidos de huesos; comí hasta hartarme una vez más y luego me acosté. Quería, si era posible, pasar todo el tiempo con los ojos cerrados; mientras no llegara la comida, para mí sería noche ininterrumpida, aunque durara días y semanas. Sin embargo, no debía, y esto era una gran dificultad, dormir poco o, mejor aún, nada en absoluto, pues no solo tenía que conjurar la llegada del alimento, sino también estar alerta para no quedarme dormido cuando llegara; por otro lado, el sueño era muy bienvenido, pues durmiendo podría aguantar el hambre mucho más tiempo que despierto. Por estas razones, decidí dividir el tiempo con cuidado y dormir mucho, pero siempre por periodos muy cortos. Lo logré apoyando la cabeza, al dormir, sobre una rama débil que pronto se rompía y así me despertaba. Así yacía, durmiendo o despierto, soñando o cantando en voz baja para mí. El primer tiempo transcurrió sin incidentes; quizá allí, de donde viene el alimento, de alguna manera no se había notado que yo aquí me oponía al curso habitual de las cosas, y así todo permaneció en calma. Un poco me molestaba en mi esfuerzo el temor de que los perros me echaran de menos, me encontraran pronto y emprendieran algo contra mí. Un segundo temor era que, con el mero riego, el suelo, a pesar de ser un suelo infértil según la ciencia, diera el llamado alimento casual y su olor me sedujera. Pero por el

momento no sucedió nada de eso, y pude seguir ayunando. Aparte de estos temores, al principio estuve tranquilo, como nunca antes lo había notado en mí. A pesar de que aquí trabajaba en la abolición de la ciencia, me llenaba una sensación de bienestar y casi la proverbial calma del trabajador científico. En mis ensoñaciones, obtenía el perdón de la ciencia, en ella también había un espacio para mis investigaciones; me sonaba consolador a los oídos que, por muy exitosas que fueran mis investigaciones, y especialmente entonces, no estaría perdido para la vida canina; la ciencia me era favorable, ella misma se encargaría de la interpretación de mis resultados, y esta promesa ya significaba el cumplimiento mismo; yo, que hasta ahora me había sentido expulsado en lo más íntimo y había embestido contra los muros de mi pueblo como un salvaje, sería acogido con grandes honores, el anhelado calor de los cuerpos caninos reunidos me rodearía, sería alzado y mecido sobre los hombros de mi pueblo. Extraño efecto del primer hambre. Mi hazaña me pareció tan grande que, por la emoción y la compasión por mí mismo, empecé a llorar allí, en el silencioso matorral, lo cual, ciertamente, no era del todo comprensible, pues si esperaba la merecida recompensa, ¿por qué lloraba entonces? Probablemente solo por bienestar. Solo cuando me sentía bien, cosa bastante rara, he llorado. Después de eso, ciertamente, pronto pasó. Las bellas imágenes se desvanecieron gradualmente a medida que el hambre se hacía más seria; no pasó mucho tiempo y, tras una rápida despedida de todas las fantasías y toda emoción, me quedé completamente solo con el hambre ardiendo en mis entrañas. «Esto es el hambre», me decía a mí mismo innumerables veces, como si quisiera hacerme creer que el hambre y yo éramos todavía dos cosas distintas y que podía quitármela de encima como a un amante molesto, pero en realidad éramos una sola cosa, de la manera más dolorosa, y cuando me explicaba: «Esto es el hambre», era en realidad el hambre la que hablaba y se burlaba de mí. ¡Un tiempo terrible, terrible! Me estremezco al pensar en él, ciertamente no solo por el sufrimiento que pasé entonces, sino sobre todo porque no lo concluí, porque tendré que volver a experimentar este sufrimiento si quiero lograr algo, pues el ayuno lo sigo considerando hoy el último

y más poderoso medio de mi investigación. El camino pasa por el ayuno, lo más elevado solo es alcanzable con el máximo esfuerzo, si es que es alcanzable, y este máximo esfuerzo, entre nosotros, es el ayuno voluntario. Así que, cuando pienso en aquellos tiempos —y me encanta hurgar en ellos—, pienso también en los tiempos que me amenazan. Parece que hay que dejar pasar casi una vida antes de recuperarse de un intento así; todos mis años de madurez me separan de aquel ayuno, pero aún no me he recuperado. La próxima vez que empiece a ayunar, quizá tenga más determinación que antes, debido a mi mayor experiencia y a una mejor comprensión de la necesidad del intento, pero mis fuerzas son menores, ya desde entonces; al menos me agotaré solo con la expectativa de los horrores conocidos. Mi apetito más débil no me ayudará, solo devalúa un poco el intento y probablemente me obligará a ayunar más tiempo del que habría sido necesario entonces. Creo tener claras estas y otras premisas; no han faltado intentos previos en este largo intervalo; a menudo he mordido formalmente el ayuno, pero aún no estaba fuerte para llegar al extremo, y el ímpetu de ataque despreocupado de la juventud, por supuesto, se ha ido para siempre. Se desvaneció ya entonces, en medio del ayuno. Diversas reflexiones me atormentaban. Nuestros antepasados se me aparecían amenazadores. Los considero culpables de todo, aunque no me atreva a decirlo públicamente; ellos tienen la culpa de la vida canina y, por lo tanto, podría responder fácilmente a sus amenazas con contra-amenazas, pero me inclino ante su saber; provenía de fuentes que ya no conocemos, por eso, por mucho que me impulse a luchar contra ellos, nunca transgrediría directamente sus leyes; solo me deslizo por las lagunas de la ley, para las que tengo un olfato especial. Respecto al ayuno, me remito a la famosa conversación en la que uno de nuestros sabios expresó la intención de prohibir el ayuno, a lo que un segundo le desaconsejó con la pregunta: «¿Quién va a ayunar jamás?», y el primero se dejó convencer y retiró la prohibición. Ahora surge de nuevo la pregunta: «¿No está entonces el ayuno, en realidad, prohibido?». La gran mayoría de los comentaristas lo niega, considera el ayuno permitido, está de acuerdo con el segundo sabio y, por lo tanto, no teme

consecuencias graves de una interpretación errónea. De eso me había asegurado bien antes de empezar a ayunar. Pero ahora, mientras me retorció de hambre, ya en cierta confusión mental, buscando salvación constantemente en mis patas traseras y lamiéndolas, mordiéndolas, succionándolas desesperadamente hasta el ano, la interpretación general de aquella conversación me pareció completamente falsa; maldije la ciencia de los comentaristas, me maldije a mí mismo por haberme dejado engañar por ella; la conversación contenía, como un niño podía reconocer, ciertamente más de una sola prohibición del ayuno; el primer sabio quería prohibir el ayuno; lo que un sabio quiere, ya está hecho, por lo tanto, el ayuno estaba prohibido; el segundo sabio no solo estaba de acuerdo con él, sino que consideraba el ayuno incluso imposible, añadiendo así a la primera prohibición una segunda, la prohibición de la propia naturaleza canina; el primero reconoció esto y retiró la prohibición explícita, es decir, ordenó a los perros, después de exponer todo esto, que ejercieran su entendimiento y se prohibieran a sí mismos el ayuno. Así que una triple prohibición en lugar de la habitual única, y yo la había violado. Ahora, al menos, podría haber obedecido tardíamente y haber dejado de ayunar, pero en medio del dolor también había una tentación de seguir ayunando, y la seguí con lujuria como a un perro desconocido. No podía parar; quizá ya estaba demasiado débil para levantarme y refugiarme en zonas habitadas. Me revolcaba de un lado a otro sobre la hojarasca del bosque, ya no podía dormir, oía ruidos por todas partes, el mundo que había dormido durante mi vida anterior parecía haberse despertado con mi ayuno; tuve la idea de que nunca más podría comer, pues con ello tendría que volver a silenciar el mundo ruidoso que se había liberado, y no sería capaz de hacerlo; el mayor ruido, sin embargo, lo oía en mi vientre; a menudo pegaba la oreja a él y debí de poner unos ojos aterrorizados, pues apenas podía creer lo que oía. Y cuando la cosa se puso demasiado mal, el delirio pareció apoderarse también de mi naturaleza; hizo intentos de salvación sin sentido, empecé a oler alimentos, alimentos exquisitos que hacía mucho tiempo que no comía, placeres de mi infancia, incluso olí el aroma de los pechos de mi madre; olvidé mi decisión de resistirme a

los olores, o más bien, no la olvidé: con la decisión, como si fuera una decisión que formara parte de ello, me arrastraba en todas direcciones, siempre solo unos pocos pasos, y olfateaba, como si solo quisiera la comida para protegerme de ella. Que no encontrara nada no me decepcionaba; los alimentos estaban allí, solo que siempre estaban a unos pocos pasos de distancia, las piernas me fallaban antes. Al mismo tiempo, sin embargo, sabía que no había nada en absoluto, que solo hacía los pequeños movimientos por miedo al colapso final en un lugar del que ya no me levantaría. Las últimas esperanzas se desvanecieron, las últimas tentaciones; perecería miserablemente aquí; ¿de qué servían mis investigaciones, intentos infantiles de una época infantilmente feliz? Aquí y ahora era en serio, aquí la investigación podría haber demostrado su valor, pero, ¿dónde estaba? Aquí solo había un perro que chasqueaba inútilmente en el vacío, que, ciertamente, seguía regando el suelo convulsivamente, apresuradamente, sin saberlo, pero que en su memoria no podía encontrar nada de toda la maraña de conjuros, ni siquiera el versito con el que los recién nacidos se acurrucan bajo su madre. Me parecía que no estaba separado de mis hermanos por una corta carrera, sino infinitamente lejos de todos, y que en realidad no moría de hambre, sino a causa de mi abandono. Era evidente que nadie se preocupaba por mí, nadie bajo la tierra, nadie sobre ella, nadie en las alturas; perecía por su indiferencia; su indiferencia decía: «se muere», y así sucedería. ¿Y no estaba yo de acuerdo? ¿No decía yo lo mismo? ¿No había querido yo este abandono? Ciertamente, perros, pero no para acabar así, sino para llegar a la verdad, desde este mundo de mentiras, donde no se encuentra a nadie de quien se pueda saber la verdad, ni siquiera de mí, ciudadano nato de la mentira. Quizá la verdad no estaba muy lejos, y por lo tanto yo no estaba tan abandonado como pensaba; no abandonado por los demás, solo por mí, que fracasaba y moría.

Pero uno no muere tan deprisa como cree un perro nervioso. Solo me desmayé, y cuando desperté y alcé los ojos, un perro extraño

estaba frente a mí. No sentía hambre, estaba muy fuerte, las articulaciones me parecían elásticas, aunque no intenté comprobarlo poniéndome de pie. En sí mismo no veía más que de costumbre: un perro hermoso pero no demasiado inusual estaba frente a mí, eso veía, nada más, y sin embargo creía ver en él más que de costumbre. Debajo de mí había sangre; en el primer momento pensé que era comida, pero enseguida me di cuenta de que era sangre que había vomitado. Me aparté de ella y me volví hacia el perro extraño. Era delgado, de patas altas, marrón, con manchas blancas aquí y allá, y tenía una mirada hermosa, fuerte e inquisitiva.

—¿Qué haces aquí? —dijo—. Tienes que irte de aquí.

—No puedo irme ahora —dije, sin más explicación, pues, ¿cómo podría explicárselo todo? Además, parecía tener prisa.

—Por favor, vete —dijo, levantando inquieto una pata tras otra.

—Déjame —dije—. Vete y no te preocupes por mí, los demás tampoco se preocupan por mí.

—Te lo pido por tu bien —dijo.

—Pídemelo por la razón que quieras —dije—. No puedo irme, aunque quisiera.

—No es por falta de eso —dijo sonriendo—. Puedes irte. Precisamente porque pareces débil, te pido que te vayas ahora lentamente; si dudas, después tendrás que correr.

—Deja que eso sea asunto mío —dije.

—También es mío —dijo, triste por mi terquedad, y evidentemente quería, por el momento, dejarme allí, pero aprovechar la ocasión para acercarse a mí con cariño. En otro momento lo habría tolerado con gusto del hermoso perro, pero entonces, no lo entendí, me invadió un horror.

—¡Fuera! —grité, tanto más fuerte cuanto que no podía defenderme de otra manera.

—Ya te dejo —dijo, retrocediendo lentamente—. Eres maravilloso. ¿Es que no te gusta?

—Me gustarás si te vas y me dejas en paz —dije, pero ya no estaba tan seguro de mí mismo como quería hacerle creer. Algo veía u oía en él con mis sentidos agudizados por el ayuno; estaba solo en sus comienzos, crecía, se acercaba, y ya sabía que este perro tenía, ciertamente, el poder de ahuyentarme, aunque ahora no pudiera imaginarme cómo podría levantarme jamás. Y lo miré, a él, que solo había sacudido suavemente la cabeza ante mi grosera respuesta, con un deseo cada vez mayor.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Soy un cazador —dijo.

—¿Y por qué no quieres dejarme aquí? —pregunté.

—Me molestas —dijo—, no puedo cazar si estás aquí.

—Inténtalo —dije—, quizá puedas cazar de todos modos.

—No —dijo—, lo siento, pero tienes que irte.

—¡Deja la caza por hoy! —supliqué.

—No —dijo—, tengo que cazar.

—Tengo que irme, tú tienes que cazar —dije—. Todo son «tengo que». ¿Entiendes por qué tenemos que hacerlo?

—No —dijo—, pero tampoco hay nada que entender, son cosas naturales y evidentes.

—Pues no —dije—, te da pena tener que ahuyentarme, y sin embargo lo haces.

—Así es —dijo.

—Así es —repetí enfadado—. Eso no es una respuesta. ¿Qué renuncia te sería más fácil, la de cazar o la de ahuyentarme?

—La de cazar —dijo sin dudar.

—Bueno, pues —dije—, aquí hay una contradicción.

—¿Qué contradicción? —dijo—. Querido perrito, ¿de verdad no entiendes que tengo que hacerlo? ¿No entiendes lo evidente?

No respondí más, pues me di cuenta —y una nueva vida me recorrió al hacerlo, una vida como la que da el terror—, me di cuenta por detalles inaprensibles, que quizá nadie más que yo habría podido notar, de que el perro comenzaba a entonar un canto desde lo más profundo de su pecho.

—Vas a cantar —dije.

—Sí —dijo seriamente—, voy a cantar, pronto, pero todavía no.

—Ya estás empezando —dije.

—No —dijo—, todavía no. Pero prepárate.

—Ya lo oigo, aunque lo niegues —dije temblando.

Él guardó silencio. Y entonces creí percibir algo que ningún perro antes que yo había experimentado; al menos, en la tradición no se encuentra el más mínimo indicio de ello, y apresuradamente, con una angustia y una vergüenza infinitas, hundí el rostro en el charco de sangre que tenía delante. Creí percibir, a saber, que el perro ya estaba cantando sin saberlo todavía; más aún, que la melodía, separada de él, flotaba por los aires según su propia ley y, pasando por encima de él como si no le perteneciera, se dirigía solo hacia mí, hacia mí. —Hoy, por supuesto, niego todos esos conocimientos y los atribuyo a mi sobreexcitación de entonces, pero aunque fuera un error, tiene una cierta grandeza, es la única realidad, aunque solo aparente, que he rescatado de la época del ayuno a este mundo y demuestra, al menos, hasta dónde podemos llegar cuando estamos completamente fuera de nosotros. Y yo estaba realmente completamente fuera de mí. En circunstancias normales, habría estado gravemente enfermo, incapaz de moverme, pero no pude resistirme a la melodía que ahora el perro parecía asumir como suya. Se hacía cada vez más fuerte; su crecimiento quizá no tenía límites y ya casi me reventaba el oído. Pero lo peor era que parecía existir solo por mi causa, esa voz, ante cuya sublimidad el bosque enmudecía, solo por mi causa; ¿quién era yo, que todavía me atrevía

a quedarme aquí y a plantarme ante ella en mi suciedad y mi sangre? Temblando me levanté, me miré; algo así no va a correr, pensé todavía, pero ya volaba, perseguido por la melodía, en los saltos más magníficos. No conté nada a mis amigos; justo a mi llegada probablemente lo habría contado todo, pero estaba demasiado débil; más tarde me pareció incomunicable. Las insinuaciones, que no pude reprimir, se perdieron sin dejar rastro en las conversaciones. Físicamente, por cierto, me recuperé en pocas horas; mentalmente, todavía hoy llevo las consecuencias.

Mis investigaciones, sin embargo, las amplié a la música de los perros. La ciencia, ciertamente, tampoco aquí había estado inactiva; la ciencia de la música es, si estoy bien informado, quizá aún más extensa que la de la alimentación y, en cualquier caso, está más sólidamente fundada. Esto se explica porque en este campo se puede trabajar con menos pasión que en aquel, y porque aquí se trata más de meras observaciones y sistematizaciones, mientras que allí se trata sobre todo de consecuencias prácticas. Con esto se relaciona el hecho de que el respeto por la ciencia de la música es mayor que por la de la alimentación, pero la primera nunca pudo penetrar tan profundamente en el pueblo como la segunda. También yo, antes de haber oído la voz en el bosque, era más ajeno a la ciencia de la música que a cualquier otra. Ciertamente, la experiencia con los perros músicos ya me había llamado la atención sobre ella, pero entonces era demasiado joven. Además, no es fácil ni siquiera acercarse a esta ciencia; se la considera especialmente difícil y se cierra con distinción ante la multitud. También es cierto que la música había sido lo más llamativo en aquellos perros, pero más importante que la música me parecía su naturaleza canina silenciosa; para su terrible música quizá no se encontrara ninguna similitud en otra parte, podía más bien descuidarla, pero su naturaleza me la encontraba desde entonces en todos los perros por todas partes. Para penetrar en la naturaleza de los perros, las investigaciones sobre la alimentación me parecían las más

adecuadas y las que conducían directamente al objetivo. Quizá me equivocaba. Una zona fronteriza de ambas ciencias, sin embargo, ya entonces despertó mis sospechas. Es la doctrina del canto que invoca el alimento. De nuevo, aquí me resulta muy molesto no haber penetrado nunca seriamente en la ciencia de la música y no poder contarme, en este aspecto, ni de lejos, entre los semi-instruidos, siempre especialmente despreciados por la ciencia. Esto debo tenerlo siempre presente. Ante un erudito, tengo lamentablemente pruebas de ello, me iría muy mal incluso en el examen científico más fácil. Esto tiene su razón, por supuesto, aparte de las circunstancias de la vida ya mencionadas, en primer lugar en mi incapacidad científica, mi escasa capacidad de pensamiento, mi mala memoria y, sobre todo, en mi incapacidad de tener siempre presente el objetivo científico. Todo esto lo admito abiertamente, incluso con una cierta alegría. Pues la razón más profunda de mi incapacidad científica me parece ser un instinto, y ciertamente no un mal instinto. Si quisiera fanfarronear, podría decir que precisamente este instinto ha destruido mis capacidades científicas, pues sería, al menos, un fenómeno muy curioso que yo, que en las cosas ordinarias de la vida diaria, que ciertamente no son las más simples, muestro un entendimiento pasable, y sobre todo, aunque no entienda la ciencia, sí entiendo muy bien a los eruditos, lo que es comprobable por mis resultados, hubiera sido incapaz desde el principio de levantar la pata siquiera hasta el primer peldaño de la ciencia. Fue el instinto, que quizá precisamente por el bien de la ciencia, pero de otra ciencia, distinta de la que se practica hoy, una ciencia última, me hizo valorar la libertad por encima de todo lo demás. ¡La libertad! Ciertamente, la libertad tal como es posible hoy, una planta miserable. Pero, al fin y al cabo, libertad; al fin y al cabo, una posesión.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB